

por muchas y diversas vias el dorado Pactolo; los numidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de sus nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos, jerezanos prados; los manchegos ricos, y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra."

Dejamos á la egercitada crítica de los insig-  
nes literatos comparar á Homero con Cervantes y  
decidir si en estos trozos la copia ha excedido al  
original; para decir únicamente que si los grandes  
ejemplos forman un argumento decisivo, ninguno  
mas á propósito que este, donde vemos que no temió  
Cervantes remedar á Homero; y en que la  
lengua castellana parece disputar no solo á  
las modernas, sino á la misma latina, la palma  
de la riqueza, elegancia, facilidad, soltura, numero-  
sidad y melodia: ninguno mas á propósito que este,  
para exitar á los jóvenes á familiarizarse de con-  
tinuo con los clásicos, y fecundarse con sus pen-  
samientos, presentándolos integros cuando se hermanen  
bien con sus composiciones. Pero volvamos  
á Ciceron.

Añade á la magnífica recomendacion de la  
poesia el ejemplo de varias ciudades que como  
Colophon, Chio, Salamina y Smirna, se disputaban  
la gloria de ser Patria de Homero. Unidos tan  
exactamente los racionios con los ejemplos, ¿no  
era bastante á Licinio su calidad soberana de poe-  
ta, para obtener el título de ciudadano? Pero él  
tiene aun otras recomendaciones mas poderosas y  
eficaces para un pueblo que no sea indiferente á  
su misma gloria. Habia cantado la guerra Cim-  
brica y recreado el oido de Mario, poco sensible  
á los hechizos de la poesia; la guerra contra Mi-  
tridates donde Luculo habia recogido tanto fruto  
de celebridad, sin embargo de algunas calamidades  
que no se le debian atribuir; y si la fama de estos  
caudillos era perteneciente á la Patria; ¿cuánta era  
Roma de la gloria que sobre tantas proezas habia  
derramado tan sublime cantor. ¿No se creia ver  
la estatua de Ennio en el sepulcro erigido á la  
memoria de los Scipiones? ¿Por que pues Archias  
no habia de recibir su premio al lado de Mario  
y de Luculo cuyos hechos ilustres habia cantado?  
¿Acaso por que Ennio escribia en latin y Archias  
era poeta griego? Oigamos al orador.

„Si alguno entiende que los versos griegos  
„son menos adecuados que los latinos para exten-  
„der la gloria de los grandes hombres, incurre en  
„un gravísimo error: por que aquellos son lei-  
„dos en casi todas las naciones, al paso que los  
„últimos se reducen á los límites, á la verdad es-  
„trechos, de la Italia. Ya pues que nuestras ha-  
„zañas no reconocen mas términos que los del  
„orbe, debemos anhelar por que nuestra gloria y  
„nuestras alabanzas vayan tan léjos como nuestros  
„egércitos y nuestras victorias; y este voto, el mas  
„noble y digno de un pueblo cuyas acciones in-  
„mortaliza la historia, es á la verdad el mas gran-  
„de y eficaz aliciente que puede ofrecerse á aque-  
„llos que por hallar la gloria, pasan por mil  
„vicisitudes y afrontan los riesgos y peligros que

„amenazan su existencia. ¡Cuantos eseritos-  
res de sus proezas se refiere que tenia siempre  
„consigo el grande Alejandro! Pues este mismo,  
„á la vista del sepulcro de Aquiles que visitó en  
„Sigeo: *¡o jóven afortunado, exclamó, que hallaste un*  
„*Homero panegirista de tu valor!* Y decia bien:  
„por que si no hubiera existido aquella Iliada, el  
„mismo sepulcro que depositaba sus restos hubie-  
„ra cubierto para siempre su gloria. Y qué, es-  
„te heroe tan valiente como dichoso, á quien lla-  
„mamos el Grande, (\*) ¿no condecoró con el  
„derecho de ciudadano en presencia de su ejér-  
„cito á Teofanes de Mitylene por haber escrito  
„sus acciones guerreras? Y aquellos hombres belico-  
„sos aunque rústicos y soldados, trasportados en cier-  
„to modo con la dulzura de la gloria, y como par-  
„ticipes de las alabanzas ofrecidas á su gefe, apro-  
„baron aquella prerogativa con un grito de uni-  
„versal aclamacion.”

„Cuan dignamente recibe su lugar aqui la  
literatura! No bastan las mas esclarecidas proezas,  
no basta llevar los ejércitos hasta las extremidades  
del mundo: es necesario confiar la celebridad á las  
lenguas cultas, aquellas que han sido consagradas  
ya en la admiracion de los hombres con las pro-  
ducciones mas acabadas de la elocuencia y de la  
poesia. Pero nada es aqui tan sorprendente y su-  
blime, como el espectáculo de Alejandro en el pro-  
montorio de Sigeo. ¡Alejandro, el conquistador del  
mundo, envidiando la suerte de Aquiles, no por  
su gloria militar sino por su admirable panegirista!  
¡Que triunfo tan bello para las letras! ¡Que deli-  
cadeza tan suprema para exaltar su poder en un  
pueblo de guerreros! ¿Y qué dirémos de Pompe-  
yo, concediendo á Teofanes de Mitylene un derecho  
que se estaba disputando á Licinio? Pero ¡ah!  
el corazon palpita de entusiasmo, al ver el que  
produjeron en el alma de tantos valientes aunque

(\*) Pompeyo.

rústicos las espléndidas y nobles prerogativas otor-  
gadas al genio.

„Que mayor prueba pudiera presentarse á  
favor del acusado para alcanzarle este derecho, aun  
cuando no lo tuviese ya concedido? „¿Se lo habria  
„rehusado, por ejemplo, Quinto Metelo Pio, tan  
„amigo de las alabanzas, que prestaba sus oidos á  
„los poetas cordoveses á pesar del tono rudo y bár-  
„baro de sus cantos?”

Despues que Alejandro Magno, Pompeyo  
con todo su ejército, Sila que dió una parte de  
su botin á un mal poeta que le elogiaba, Quinto  
Metelo Pio que prestaba gustoso el oido al rudo  
canto de los poetas cordoveses, le habian ofrecido á  
Ciceron tan brillantes ejemplos de amor á la gloria;  
¿no tenia ya derecho este de invocar el testimonio  
de todos, y principalmente el de las almas grandes?  
„No debe pues disimularse una cosa que léjos de po-  
„der obscurecerse, ha de ir constantemente delante  
„de nosotros: todos somos arrastrados por el amor  
„de la celebridad; y las almas grandes principal-  
„mente son conducidas en gran manera por la  
„gloria. Los mismos filósofos ponen su nombre al  
„frente de aquellos libros que escriben sobre el  
„menosprecio de la gloria; y gustan de que se  
„les nombre con frecuencia y se les tributen ala-  
„banzas en aquello mismo en que desprecian el  
„nombre y la celebridad. Décimo Bruto, grande  
„hombre y general consumado, adornó con los  
„versos de Acio, íntimo amigo suyo, el pórtico  
„de sus templos y monumentos; y aquel Fulvio  
„que llevando á Ennio consigo, combatió con los  
„Etolios, no vaciló en consagrar á las Musas los  
„despojos de Marte. Así pues, en una ciudad en  
„que los generales casi sobre las armas han ofre-  
„cido sus homenajes al nombre de los poetas y  
„á los altares de las Musas; los jueces togados no  
„deben desdeñarse de honrar á las Musas y de  
„proteger á los poetas.”

„Y para que os determinéis á esto con me-

„jor gusto, voy á franquearme, ó jueces, á vosotros,  
 „y á revelaros un estímulo de gloria tal vez demasia-  
 „do vehemente, pero sin embargo muy honesto.  
 „Cuanto habeis hecho vosotros conmigo durante mi  
 „consulado, por la conservacion de esta ciudad y  
 „de este imperio, y por la vida de los ciudadanos,  
 „y por el bien general de la república; es hoy el  
 „asunto de un poema que tiene comenzado Ar-  
 „chias. Al escuchar algunos trozos, me ha pare-  
 „cido tan importante el designio y tan bella su  
 „ejecucion, que no he podido menos de exhortarle  
 „á concluir. En los trabajos y en los peligros,  
 „ninguna otra merced anhela ciertamente la virtud,  
 „que las alabanzas y la gloria. Una vez quitada  
 „esta, jueces, ¿que estímulo queda ya en la vida,  
 „tan corta y rápida carrera, para agitarnos con  
 „tan grandes trabajos? Si nada presintiese nuestra  
 „alma respecto del porvenir, y hubiera de limitar,  
 „dentro de las mismas regiones en que está cir-  
 „cunscrito el espacio de la existencia, todos sus  
 „pensamientos, el hombre no se fatigaria con ocu-  
 „paciones tan penosas, ni se angustiaria con los  
 „cuidados y con las vigiliás, ni expondria tan fre-  
 „cuentemente su vida. Pero hay en todos los  
 „grandes hombres una virtud secreta que dia y  
 „noche los excita con los estímulos de la gloria; y  
 „parece advertir que la memoria de nuestro nom-  
 „bre, léjos de acabar en el mismo término de la  
 „existencia, se ha de igualar en su curso con  
 „toda la posteridad.”

„Y qué ¿serémos de una alma tan peque-  
 „ña los que luchamos en la república con tan gra-  
 „ves tareas y peligros, que tocando ya casi al fin  
 „de nuestra carrera sin haber tenido hasta aqui  
 „un solo instante de distraccion ó de tranquilidad  
 „de espíritu, lleguemos á persuadirnos que ha de  
 „morir todo con nosotros? Cuando muchos hom-  
 „bres esclarecidos han dejado á su posteridad con  
 „el mayor empeño estatuas y retratos que repre-  
 „sentan las facciones del cuerpo y no las cualida-

„des y prendas del alma: ¿no debemos nosotros  
 „con mucha mas razon dejar la imágen de nues-  
 „tros pensamientos y de nuestras virtudes primoro-  
 „samente ejecutada y perfecta por los mayores in-  
 „genios? Por lo que á mi toca, os diré que al  
 „tiempo mismo de poner en práctica todas las co-  
 „sas que hacia, juzgaba que ellas iban á espar-  
 „cirme y diseminarme en la memoria sempiterna  
 „del Universo; y bien sea que este sentimiento me  
 „abandone despues de la muerte; ó bien, como lo  
 „han creido los mayores sabios, que haya de per-  
 „tenecer á una parte de mí mismo: yo me de-  
 „leito ahora ciertamente con este solo pensamien-  
 „to, con esta sola esperanza.”

Por mucho esmero que se ponga en la ver-  
 sion de tan excelentes pasages, es imposible tras-  
 ladarlos con la suprema energia que tanto sorpre-  
 nde y arrebatá en el original. Es necesario  
 sentir todo el encanto del idioma latino, para cal-  
 cular la prodigiosa elevacion á que se levanta el  
 genio de Marco Tulio al desenvolver las ideas mas su-  
 blimes á que pudo haber llegado el entendimiento  
 en las épocas del paganismo. Sin embargo, al tra-  
 vés de una pobre traduccion, admiramos aqui el  
 feliz concurso de tres cosas que muy pocas veces  
 van unidas: la razon, que ni por un instante  
 abandona el órden natural de las ideas; la imagi-  
 nacion que desdeñando todo lo abstracto, le co-  
 munica por donde quiera sus formas, lo hermosea  
 con su colorido y le presta sus encantos; y el  
 sentimiento, que insinuándose con extrema suavi-  
 dad y penetrando sin esfuerzo hasta apoderarse  
 insensiblemente del corazon, le hace conceder  
 con orgullo los tributos de la mas dulce victoria.  
 ¿Que lógica tan exquisita no descubrimos en  
 el modo con que se propagan aqui las ideas del  
 Orador! Quiere sustituir al disimulo la ingenuidad  
 sencilla, y comienza por confundir la hipocresia de  
 los filósofos, y acaba por exaltar la noble franqueza  
 unos capitanes tan ilustres como Fulvio y Décimo

Bruto. Sostenido por tan grandes ejemplos, no vacila ya en abrir su corazon á los magistrados, para revelarles el extraordinario interes que le inspira la causa de un poeta, que templaba ya la lira para cantar su consulado, este consulado predilecto en que miraba reconcentrada toda su gloria. Una confesion de esta naturaleza, hecha en un lugar diferente, solo habria grangeado al orador la prevencion terrible de los jueces; pero en el que ocupa es agradable para todos, pues debe mirarse como la solemne revelacion del gran pensamiento en que á la sazón estaba ocupado sin duda alguna todo el auditorio. Confundido ya el disimulo, exaltada la sinceridad, establecido el universal entusiasmo por la alabanza; el amor de la gloria que obra principalmente en las almas grandes; convencidos con tal ingenio y finura los mismos filósofos, de una ambicion que descubren sin sospecharlo, con solo poner su nombre al frente de sus libros; invocado públicamente el testimonio de tantos caudillos, que á fin de apagar su sed de gloria, ofrecian los homenajes mas puros al genio de los poetas y á los altares de las Musas: ¿seria reprehensible que Ciceron pidiese tambien su parte de gloria, (*meo quoddam amore gloriae*), dejando traslucir el secreto interes que le arrastraba fuertemente á la defensa de Licinio? Sin embargo, no contento con esta preparacion, se adelanta á justificarse de un modo ingeniosísimo: confiesa que su entusiasmo es vehemente, (*nimis acre fortassè*) pero sostiene asimismo que es honesto. (*Verumtamen honesto.*) Todo afecto legítimo es muy digno de elogio, cuando se halla colocado en un justo medio; y muy excusable, cuando se traspasan estos limites. He aqui la circunstancia de que sabe aprovecharse el orador al manifestar las ideas mas sublimes que pudiera vislumbrar en aquella época el entendimiento del hombre; al mostrar la gloria, como la única recompensa de las almas grandes, y á la virtud como el título pre-

cioso y único para obtener la gloria verdadera. „Ninguna otra merced, exclama, busca la virtud en los peligros. (*Nullam enim virtus aliam mercedem laborum periculorumque desiderat.*)” Esta palabra *mercedem* es muy significativa: corresponde con exactitud á nuestra palabra *salario* y sirve por lo mismo para poner en contraste las generosas tendencias de la virtud, con los ruines proyectos del interes y de la ambicion. El hombre que obra por aquel noble principio, no marcha á la guerra para vertir la sangre de los vencidos, ni para volver á su pais abrumado con la carga de un rico botin: el que se halla colocado al frente de los negocios públicos, no se desvela por conservar un equilibrio político, haciendo alternativamente de tirano con unos y de esclavo con otros: por que no busca en los altos puestos, sino en la verdadera gloria la corona de sus servicios: uniforma sin esfuerzo su conducta pública y ejercita igualmente su energia en el exterminio de los grandes crímenes y en el desarrollo y fomento de las vastas empresas: el escritor ilustre no vende su pluma á un gobierno inmoral, sosteniéndolo contra la opinion de los pueblos; sino que guiado por el sentimiento del honor, ofrece un culto puro á la verdad, é invoca la libertad del pensamiento para quitar la máscara á un gabinete misterioso. Tal vez le aguarda el destierro ó el patíbulo, pero este es un tropiezo ligero que no le sirve de obstáculo para volar á la inmortalidad: he aqui la verdadera gloria estrechamente abrasada con la virtud; he aqui una recompensa muy superior á las pasiones vergonzosas que suelen mover á los hombres de estado; un pensamiento que puede ser visto como la égida poderosa de la moral pública, donde se conserva todavia la significacion verdadera de estas palabras tan dignamente empleadas por el orador romano, *la virtud y la gloria.*

Estos objetos son muy altos en si mismos para que acaben con nosotros en la tumba; es

necesario que una alma que ha sabido comprenderlos y deseárselos, sea superior al tiempo y á la muerte: el alma es inmortal; dogma sublime y consolador que sostiene victoriosamente los nobles esfuerzos de la virtud en medio de todos los contratiempos y al través de todas las vicisitudes de la vida. ¿Puede darse un orden mas preciso y victorioso á las ideas, ni una marcha mas recta y constante á la demostracion de la verdad?

Si de aqui pasamos al exámen de la segunda cualidad que resplandece en estos pasages; viene á sorprendernos una sobria y feliz imaginacion que todo lo anima sin esfuerço; y brilla no tanto por el ornato, como por una atractiva simplicidad. Para manifestar el grande aprecio que hacian de los poetas Décimo Bruto y Fulvio, dice el Orador simple y elegantemente que el uno adornó con los versos de Acio el pórtico de sus templos, y que el otro no vaciló en ofrecer á las Musas los despojos de Marte. La virtud aquí no es un ser abstracto y puramente ideal, sino una persona que desea la noble recompensa de la gloria: la vida es una rápida y corta carrera; su fin está expresado con los límites de una region, límites que salva el pensamiento: la inclinacion á las acciones virtuosas es una especie de genio intelectual, que día y noche agujonea con los estímulos de la gloria: el elogio de las grandes virtudes é ilustres pensamientos es una pintura grande, exquisita, y primorosamente concebida y ejecutada por el genio; y el mismo orador se convierte en una semilla fecunda, en una planta feraz que se ha de ramificar por todo el universo, y ha de germinar léjos de su tallo, y allá en la posteridad mas remota. ¿Como exaltar dignamente esta admirable facundia, esta imaginacion dirigida con tal arte, que parece ocultarse á nuestra vista, en el instante mismo en que ostenta sus bellas y delicadas formas. Efecto es de un ingenio supremo servirse de la imaginacion con tan insigne superioridad, hacer que nos arrebatase con

todo el encanto de la figura y el colorido, y nos deje al mismo tiempo sondear los conceptos profundos y las ideas sublimes de la metafísica. ¿Que dirémos del sentimiento? Nada sino pagar un dulce tributo á los talentos de tan gran maestro con cierta especie de éxtasis y el profundo silencio de una admiracion respetuosa. ¿Que chispa es esta tan tenue en su principio y tan fecunda y poderosa en sus resultados? ¿Por que incomprendible magia hemos olvidado ya los derechos que se disputan á Licinio, el testimonio de Luculo, los registros de Metelo, el solemne juramento de Heracléa, para ocuparnos única y exclusivamente en la poesia? ¿Que digo en la poesia? Unica y exclusivamente en la gloria. Ya no es el orador el único que se exhala en estos sentimientos: son todos los magistrados; es el pueblo todo, por que esta noble tendencia es de todos los hombres, y muy particularmente de las almas grandes.

## EPILOGO.

„CONSERVAD pues, ó jueces, á un hombre de tal  
 „conducta, que la veis comprobada por la nobleza  
 „y antigüedad de sus amigos; de un genio tan vasto,  
 „cuanto es indispensable suponer para verle solici-  
 „tado con el mayor entusiasmo de los primeros  
 „talentos; un hombre finalmente cuya causa es de  
 „tal naturaleza, que está justificada con el beneficio  
 „de la ley, con la autoridad de un municipio, con  
 „el testimonio de Luculo y con los registros de  
 „Metelo. Haced, os ruego, por razones tan sólidas,  
 „y por los mismos Dioses, si en negocios de tan  
 „grande interes no basta la recomendacion huma-  
 „na, que un hombre que ha exaltado siempre á  
 „vuestros generales, á vosotros y las proezas de